



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11883

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 21 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Tarde y con daño

Las minorías del Senado han to-
mado á empeño la cuestión de la
renta y tienen decidido que no pue-
dan franquear la entrada los sena-
dores que no acrediten de un mo-
do claro que la tienen propia.

Todo eso está muy bien; las le-
yes y los reglamentos se hacen pa-
ra cumplirlos, mas, lejos de eso, ca-
da vez que aparece una ú otro, el
primer pensamiento de los espa-
ñoles es buscar callejuelas que ahor-
ren su cumplimiento.

El caso es general. No queda dis-
posición alguna que no sea burla-
da, y lo mismo pasa á la vista del
felato el maula, que pasa un sena-
dor al salón de sesiones median-
te unos cuantos miles de duros en-
dosados por cualquier amigo.

Eso ha sido hasta ahora, pero no
será de hoy en adelante. Los seño-
res del margen, es decir los jefes
de las minorías, que están al tanto
de lo que viene sucediendo por-
que cuando han ejercido el podo-
der han presenciado, tolerándolo,
el trasiego de los endosos, se han
parado en firme y han dicho: «no
mas».

Sin duda está muy bien lo que
hacen los citados jefes. Estaría
mejor si no se viera en esa manio-
bra el deseo de darle un disgusto á
los ministros responsables; y me-
recería aplausos tal conducta si el
momento escogido para adoptar
tan radical y justo acuerdo no fue-
se el negro y peligroso momento
en que vivimos.

Es cosa en que convienen todos
que el horizonte de España se en-
negrece. Ya estaba un tanto negro
por las dificultades interiores que
a cada instante nos salen al paso.
Para aclararlo se necesita la labor
de las Cortes; y, efectivamente, le-
jos de acelerar el momento de su
constitución, para que puedan funcio-
nar, se retrasa con pretexto de

cosas que han pasado antes, pasa-
ran ahora mediante las acostum-
bradas componendas y pasaran
luego si aflojan la mano las mino-
rías de las futuras Cortes

Esto no debe suceder; pero pue-
sto que sucede y hay asuntos im-
portantes en que han de intervenir
las Cortes, la importancia de los
resguardos endosados se reduce
frente al interés nacional que ne-
cesita que funcione el Parlamento.

La cuestión catalanista, el pro-
blema obrero, el económico, la
reorganización de los servicios y
las cuestiones de Marina, sin olvi-
dar las militares que se imponen
con gran fuerza, están esperando
soluciones prontas que se harán
tanto mas difíciles de resolver
cuanto mas tiempo se tarde en acom-
plarlo.

Bueno es sanearlo lo lo porque
todo está falto de condiciones hig-
iénicas; pero no hay que olvidar
lo grande por lo pequeño, porque
no estamos en condiciones de des-
perdiciar el tiempo.

TIJERETAZOS

Dice *La Publicidad* de Barcelona refiriéndose á sus paisanos los regionalistas catalanes:

«Para toda persona observadora decir carlista y decir regionalista es todo uno.

El regionalismo no es más que la última careta que se ha puesto el carlismo.

Detrás de la barretina está la boina.»

La Publicidad debe conocer el paño.

Y cuando aun siendo de casa lo descre-
dita de ese modo, estará convencido de su
mala calidad.

Dice *La Epoca*:

«Esta tarde ha estado en el Congreso el
ministro de la Guerra, general Weyler, el
cual desde que se abrieron las Cortes es el
segundo día que ha ido á dicha Cáma-
ra.»

¿Para qué ha de ir?

¿Para ver cómo se aprueban los dictáme-
nos de actas?

Suponemos que el ministro de la Guo-

rra tendrá cosas que hacer de más sus-
tancia.

Ya le llegará la voz de ir al Parlamen-
to cuando éste se ocupo en cosas de in-
terés.

Lo demás sería... ya lo ha dicho Weyler
á un periodista que le ha interrogado sobre
su ausencia de las Cámaras:

Perder el tiempo.

Dice un periódico:

«No hay duda de que estamos atrave-
sando una época en la que impera lo posi-
tivo.

Ya no contamos con una juventud entu-
siasta como la de hace algunos años; ya no
se combate por las ideas sino por el estó-
mago; pasaron ya aquellos años en los que
se luchaba por alcanzar un ideal; hoy se lu-
cha por alcanzar un cocido.»

Por eso no hay patriotas.

Dice *El Nacional*:

«En el ministerio de Estado todavía no se
ha recibido contestación al telegrama que el
duque de Almodóvar envió á Londres pi-
diendo noticias sobre las intenciones he-
chas en la Cámara de los Comunes respecto
á la cuestión de Gibraltar.

Esto prueba la actividad de nuestro em-
bajador en Inglaterra.»

¿Hace allí tanto frío!

UN PUEBLO DE ZINC

Los viajeros que van de Europa al Trans-
vaal, siguiendo la costa oriental de Africa,
y se detienen en el puerto de Beira, que ha
alcanzado la celebridad hace algunas sema-
nas, gozarán de un espectáculo verdadera-
mente sorprendente.

Las casas particulares y sus dependien-
cias, los edificios públicos, la residencia del
gobernador, los cuarteles, los almacenes,
los hoteles, los kioscos para la música, to-
do está construido con zinc y hoja de lata.

Millares de toneladas de hierro galvani-
zado, fueron llevados allí desde Inglaterra,
Francia y los Estados Unidos; los carpinte-
ros chinos construyeron apresuradamente,
algunos armazones de madera, que recu-
braron de hojas de zinc acanaladas y pin-
tadas al óleo. El efecto que produce este
pueblo de zinc, es difícil de expresar; la
impresión penosa que se siente, acrecien-
tase al pensar que son seres humanos los
que deben ocupar aquellas habitaciones en

un clima tan cálido. Para completar el triun-
fo del hierro, se ha construido el ferroca-
rril de Deneville que recorre la población
en todas direcciones.

Como el país nada absolutamente produ-
ce, hasta los alimentos llevados de Europa
están contenidos en zinc, y no se ven más
que montañas de latas de conserva; nada
de frutas ni de alimentos frescos.

Hace algún tiempo se comenzó la cons-
trucción de dos casas de piedra, que son
objeto de la curiosidad pública; una de
ellas se destina á almacén y la otra á la re-
sidencia de agentes de una factoría fran-
cesa.

Esta última no cuesta menos de 30.000
duros, y excita la envidia de todos los ha-
bitantes de este triste país donde un jorna-
lero, ganando cinco duros diarios, puede
apenas cubrir sus necesidades,

MEMORIAS DE POLÍTICOS

Los que hacen la historia la escriben,
ni los que la escriben la hacen. La frase ha-
cer historia será más ó menos castiza, pero
nadie podrá negar que es muy exacta, ni la
extraordinaria importancia de las narracio-
nes de acontecimientos históricos estudia-
dos en los secretos orígenes que solo pene-
tran los hombres de gobierno ó de milicia,
y en las consecuencias que aún pueden ver
ellos mismos.

Sin embargo, en todas las literaturas son
poco abundantes las memorias de los polí-
ticos.

La única nación que las tiene en núme-
ro considerable y las aprovecha para su his-
toria, es la francesa, donde por esa misma
circunstancia es preciso descastar las apó-
crifas, como el libro titulado «Testamento
de Richelieu» y las que, en realidad, son
insignificantes y no merecen que la poste-
ridad las tenga en cuenta.

Existen memorias de literatos, escrito-
res, periodistas y aun de personas insigni-
ficantes, y en ellas hay que reconocer gran
parte del volumen para encontrar algún
dato de relativa historia.

Entre nosotros, los políticos háuse des-
viado sistemáticamente del camino empre-
ndido por los franceses.

No parece sino que los políticos espa-
ñoles se han curado únicamente de la gene-
ración contemporánea, poniendo en olvido
las futuras generaciones. Alguno que otro,

el canceller Pero López de Ayala, por ejem-
plo, Antonio Pérez y el príncipe de la Paz,
dominados por influencias extranjeras for-
man excepción de la indicada regla, el es-
píritu nacional parece secreto á la revelación
histórica de ciertos aspectos del go-
bierno y de la política.

La vida y el color que reciben las narra-
ciones históricas de la personalidad del es-
critor autor de la historia supera todo en-
carecimiento.

Compárense las relaciones de Julio César
con las de su lugarteniente y continuador
Hanno Hircio, las relaciones de Cristóbal
Colón con las de su hijo, las de Hernán
Cortés con las de Bernal Díaz del Castillo,
y se verá que aun las obras de los mismos
testigos presenciales de los acontecimien-
tos históricos puldoran y pierden impor-
tancia cotejadas con las de sus jefes y di-
rectores de las empresas.

Cuando César al atravesar un brazo de
mar nadaba con sus «comentarios» en la
mano, sosteniendo el volumen por encima
de las olas, bien nos deba á entender lo
que aprecia nos inestimables apuntes
que nadie después del autor ha osado con-
vertir en libro.

Lo que verdaderamente necesita inter-
pretación auténtica es la historia en tiem-
po de paz, porque la de las guerras puede
pasar mejor sin esas explicaciones. Ocurro
con los acontecimientos históricos lo que
con los delitos y crímenes, si no se recojen
en los primeros momentos las pruebas, fal-
tan estas y quedan perdidas para la verda-
dera historia.

Por eso aconsejan los autores crimina-
listas que se aproveche cuanto sea posible
el período inicial del procedimiento, y por
eso nosotros, aplicando la misma doctrina
á la formación de la historia escrita, reco-
mendamos á los políticos que nos dejen
consignadas las causas y primeras conse-
cuencias de los acontecimientos.

Hacen mal los que rechazan las memo-
rias de los políticos, suponiendo que nece-
sariamente han de ser apologías de su con-
ducta ó disculpa y atenuación de sus erro-
res, porque creyéndolas con esta precar-
ción, ni el mal es tan grande como pudiera
creerse, ni, si permanecen algún tiempo sin
abrirse, á manera de testamento hasta que
pase, por ejemplo una generación, es de
temer que el autor quiera engañar á la si-
guiente.

La historia meramente narrativa sin cier-
to género de elementos de información es

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 210

EL SITIO DE SEBASTOPOL 231

salida. ¿Quieres? Se lo diré al general.—añadió Vo-
lodia, que no conocía, sin embargo, á general al-
guo.

—¿Por qué no he de quererte! ¡si que quiero!—Y Me-
nikoff se ocultó tras de sus compañeros.

—Vamos á jugar, muchos; ¿quién tiene cartas?—
preguntó una voz impaciente; y organizóse el juego
en el rincón más apartado.

Volodia, entre tanto, bebía té del que le preparó
el tambor, ofreciendo de él á los artificieros, con
quienes charlaba bromeando, deseoso de hacerse po-
pular y muy complacido por el respeto que le demos-
traban. Los soldados, al reparar que el barón era
un buen chico, fueron animándose, y uno de ellos
anunció que el sitio iba á concluir muy pronto, pues
un marinero le había asegurado, como cosa cierta,
que Constantino, el hermano del Czar, venía á liber-
tarlos con la escuadra «Mericana» (1), y que en bre-
ve habría un armisticio de dos semanas para descan-
sar, y que por cada cañonazo que se disparase du-
rante la tregua se tendría que pagar setenta y cinco
kopeks.

Vassio, en quien Volodia había reparado ya, aquel

(1) Americana.

soldado bajito con ojos grandes y dulces, y patillas,
refirió á su vez, en medio del silencio general, roto
en seguida por mil risotadas, el placer que habían
sentido primero al verle volver á su pueblo con li-
cencia; pero que en el acto su padre le envió á traba-
jar al campo cada día, mientras que el señor teniente
de la guardia forestal mandaba á buscar á su mujer
en *drochki*.

Muchos de los soldados ronaban ya; Vlang había-
se tumbado también en tierra, y el artificio vetera-
no, tras de extender su capote en el suelo, persig-
nábase devotamente mescolando las oraciones de la
noche, cuando se le ocurrió á Volodia el capricho de
salir para ver lo que acontecía fuera.

—Retirad las piernas—dijéronse al momento los
soldados unos á otros al verlo levantarse—y cada
cual encogió las suyas para dejarlo pasar.

Vlang, á quien creyérase dormido, se incorporó,
sujetando á Volodia por un faldón del capote.

—Vamos, no saiga V., ¿qué va usted á hacer?—le
dijo con acento compungido y persuasivo:—¿no sabe
usted lo que pasa? ¡hacen los proyectiles allí; aquí
se está mejor.

Pero Volodia salió sin atenderle y fué á sentarse
en el umbral mismo del alojamiento, junto á Meni-
koff.

XXII



El día siguiente, 27 Agosto, después de diez
horas de sueño, salió Volodia fresco y des-
cansado del blindaje. Siguióle Vlang, pero ésta al
primer silbido de una bala, dió un salto hacia atrás,
y abriéndose con mano en la cabeza, se precipitó por
la angosta abertura entre la risa general de los solda-